

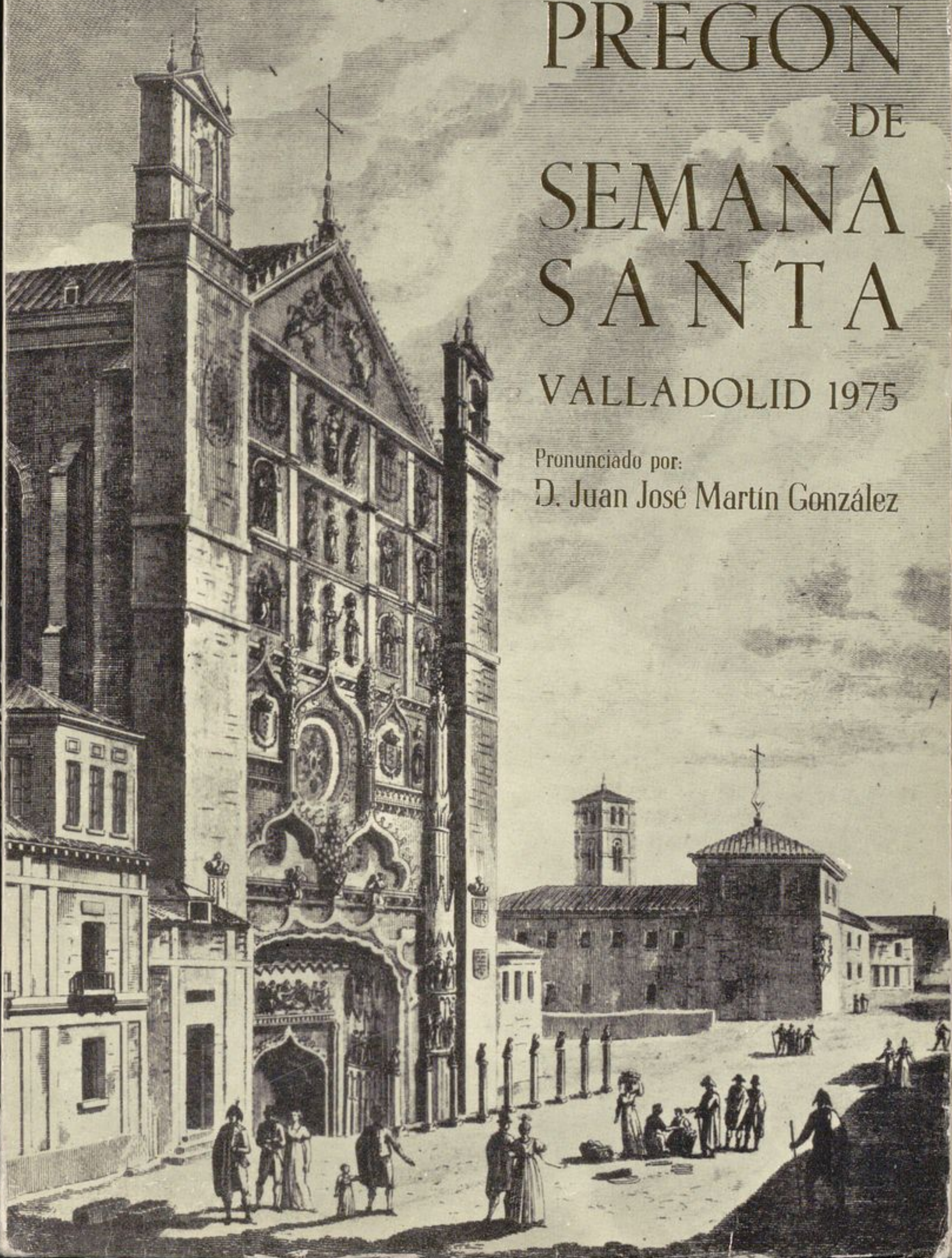
C.236-17

# PREGON DE SEMANA SANTA

VALLADOLID 1975

Pronunciado por:

D. Juan José Martín González



Biblioteca del Archivo



1500194

C.236-17

17

SSU 117-1

ARCHIVO MUNICIPAL  
BIBLIOTECA

fol 4031-1

WIKIPEDIA DE ESPAÑA  
EN COLABORACIÓN CON  
EL INSTITUTO ESPAÑOL DE  
DICCIONARIOS

WIKIPEDIA DE ESPAÑA  
EN COLABORACIÓN CON  
EL INSTITUTO ESPAÑOL DE  
DICCIONARIOS

SERVICIO DE INFORMACION  
Y DE PUBLICACIONES DEL  
EXCMO. AYUNTAMIENTO DE  
VALLADOLID

PORTADA: Plaza de San Pablo de Valladolid,  
grabado francés del siglo XIX

IMPRIME: Gráf. Andrés Martín, S. A.  
Juan Mambrilla, 9. — Valladolid

Depósito Legal: VA. 169. — 1976

PREGÓN DE SEMANA SANTA PRONUNCIADO  
POR D. JUAN JOSÉ MARTÍN GONZÁLEZ,  
CATEDRÁTICO DE HISTORIA DEL ARTE DE  
LA UNIVERSIDAD DE VALLADOLID, EN LA  
CAPILLA DEL MUSEO NACIONAL DE  
ESCULTURA POLICROMADA DE VALLADOLID  
EL DÍA 14 DE MARZO DE 1975



EXCMO. Y RVDMO. SEÑOR, EXCMOS. E ILMOS. SEÑORES,  
SEÑORAS, SEÑORES, AMIGOS:

Muy magnífico señor:



VIERNES, treinta de marzo, partí muy de mañana de Dueñas, villa que dista cinco leguas de Valladolid, adonde me dirigía como bien sabéis. Era mi deseo asistir a la semana santa, de la que había oído mucho loar. Fui por el camino real, cerca del río Pisuerga, que discurre por una vega poblada de verdura. Pasé la Puente Mayor y quedéme prendado de la hermosura del río que baña a la ciudad. Para entonces (era el atardecer) había gran trajín. La gente se movía de un lugar para otro, pidiendo alojamiento. Fortuna fue prevenirlo y quedéme en el Caballo de Troya, donde hice amistad con el

posadero. Ya por la noche escuché desde mi alcoba los clamores lastimeros de los primeros penitentes, que se anticipaban a la festividad.

Llegado el día sentíme presuroso de recorrer la ciudad. Todavía se notaba la pesadumbre de la partida de la Corte a Madrid. No ha restado eso sin embargo un no sé qué de cortesano al ambiente, pues además de los palacios del rey (que como sabréis tiene uno para el verano, que llaman de la Ribera), son muchas las casas principales de linajes de alcurnia, que sería largo enumerar; pero básteos recorrer las calles, sembradas de blasones, no pocos de escribanos y jueces de la Real Chancillería. Podrían contarse a la sazón cuatro mil vecinos, quiero decir veinte mil almas, muchas de las cuales hallaríais en los conventos, pues no más que un gran convento es la ciudad. Pasan de cuarenta los monasterios de uno y otro sexo; agregad una veintena de parroquias y no menos hospitales; y edificios suntuosos, San Gregorio, San Pablo, Santa Cruz y la Universidad, la Panadería y la Casa Consistorial. Discurrí por anchurosas calles, que acaban en una plaza mayor que basta para asombrar. Es toda ella un edificio, de traza singular, con centenares de balcones que es un primor. Dicen los de aquí que Madrid se llevó no sólo la corte, sino la imagen de su plaza. Os diré que son la gente desta tierra en extremo presuntuosa. Los años de la corte les llenaron de jactancia. Se oye decir: ¿De Valladolid, adónde iré a vivir?



AS con todo he de loar las riberas del Pisuerga, sembradas de chopos, álamos y fresnos; dícenme que en el verano las plácidas aguas se ven pobladas de embarcaciones y bañistas. Por el interior de la ciudad discurren dos arroyos,



que llaman las Esguevas; uno es maravilla verle pasar bajo la Platería, para reaparecer como el Guadiana. Hay numerosos puentecillos, pero no me detendré en este punto pues las aguas destos arroyos son hediondas, de puro arrojar los vallisoletanos tanta inmundicia.



**I**OTABLES viajeros han encarecido los méritos de la ciudad. El italiano Navajero señaló que Valladolid era la mejor tierra de Castilla la Vieja. No puedo por menos de elogiar sus bastimentos. Cualquier mercadería podréis obtener en la plaza mayor. Reparad en sus brocados de seda y oro, que más no hay que pedir. Un agudísimo escritor portugués, llamado Tomé Pinheiro da Veiga, escribía a comienzos deste siglo, que en ningún sitio de España se viste mejor que en Valladolid, en especial las mujeres, que lucen sus trajes los 365 días del año. Habréis de saber también que en ningún sitio se labra la plata como en Valladolid, y os bastará recorrer una calle donde se han concentrado los maestros del gremio y que dicen la Platería. Y si deseáis guardar un recuerdo de la estancia, os ofrecen mil objetos de vidrio y cerámica, pues no en balde la tierra está hecha de buenas arcillas.

No olvidemos la comida, pues también se hace buen yantar. Contaréis muchos figones y tiendas de golosinas, y sus precios no os causarán pesar. Mas si esperáis regalaros con el paladar, no temáis a la Cuaresma y comed sin reparo los barbos y truchas que el Pisuerga os ofrece; y no despreciéis aún más las ancas de rana, que nunca probé más sabrosas.

Me gustaría vierais el colorido de las calles, y el tropel de gente tan varia; extraña mezclanza de silencio y estruendo, de austeridad y abundancia. Parecen vivir de prisa, como

si todo fuera acabar. Las casas abren ojos, pues por tales tengo sus balcones. Llamáronme la atención sus repisas y barandales, que estaban tan prietos, que podríades escalar la fachada hasta el tejado. Durante las fiestas, los dueños de las casas de la plaza se reservan los alquileres de los balcones, de que sacan otro crecido sueldo. Con esto quiero decir que la ciudad es como una gran tribuna para ver las fiestas.



A medida que se entran los días de la Pasión, va imponiéndose el silencio. Los mesones no pueden dar cuenta de más huéspedes; esto sin contar los que posan en casas de amistades, y en las de los cofrades que hacen de este uso una forma de caridad. No faltan extranjeros curiosos, aunque no son ya los días del César Carlos V o de su hijo don Felipe, en que la ciudad daba acogida a tantos hombres foráneos, pues habré de recordar que una de las cofradías más famosas, la de la Piedad, se constituyó con genoveses que vivían aquí.

El jueves santo aumenta el recogimiento. Los coches permanecen en sus cocheras, enmudecen las campanas y el pueblo modera la voz. Hay sin embargo un movimiento en las calles que pregona la fiesta santa. Las damas lucen sus mejores galas, y de los balcones cuelgan reposteros, tapices y todo género de telas bellas. Las fachadas de los templos también se engalan y por la noche se pueblan de luminarias. El luto queda para el interior de las iglesias. Enormes paños negros, con escenas de la Pasión pintadas en gris, cubren las paredes, no quedando más blanco que el de las bóvedas.

Con ser muchas las iglesias, toda la calle es un templo. Surgen por aquí y por allá predicadores espontáneos y se forman corrillos para escucharlos. Valladolid abunda en plazas

recoletas, y en ellas buscan asilo estas asambleas de viandantes piadosos. Es de ver con qué gestos meten miedo en el cuerpo; hablan los oradores de los castigos eternos como si hubieran regresado del infierno. A fuerza de ver comedias, todo el mundo se aspavienta como si estuviera en escena. Más orden hallaréis en los sermones que se celebran en el interior de los templos. Habréis oído los pregones, anunciando la elocuencia del predicador, y hasta podréis ver impreso el sermón no tardando. Los títulos de las oraciones sagradas toman por referencia la Pasión: Prendimiento, Azotes, Coronación de espinas. Crucifixión o Descendimiento. Ponen también mucho más énfasis en lo que dicen, de suerte que podría creerse que ellos mismos asistieron al Señor en tan amargos momentos. Por eso no extraña que los artífices de esas esculturas —que llaman pasos— logren tan sobresaltadas actitudes, como dictadas por predicadores sagrados.



**P**ERO lo que más asombra en estos días es el interés que se pone en penar. Por las calles discurren a cualquier hora grupos de penitentes. Llevan trajes desgarrados, a veces un lienzo burdo de paño áspero sujeto con una soga, todo negro; sólo dejan ver los ojos, pero también sus espaldas van al aire para recibir los castigos. Arrastran pesadamente, con sus pies desnudos, grillos y cadenas, como si fueran al patíbulo. En su cabeza asienta una corona de espino o mezclan sus cabellos con ceniza, con que parecen ancianos. En la mano muestran calaveras o cargan pesadas cruces sobre sus hombros. Se castigan unos a otros, aunque no faltan flageladores de oficio, capaces de abriros las carnes por dos ochaivos. Para golpear usan látigos de hebras de cuero, pero también ramos de abrojo, que como sabréis es una planta pro-

vista de unas bolas llenas de espinos. A todos espanta esto, cuanto más a los extranjeros, que no comprenden tamaña crueldad.

El jueves santo se hace la visita de los sagrarios. Las iglesias permanecen abiertas toda la noche. Pese a lo que requiere la devoción, no todos consienten a sus mujeres e hijas estas salidas nocturnas, pues es ocasión que ansían las menos virtuosas para consumir sus citas, pues habrása de saber que no es oro todo lo que reluce estos días.



**D**ORNANSE los altares con mucha cera. El Santísimo se guarda en una arqueta. Hecha la ceremonia santa, se clausura el sagrario con una llave, que se da a persona importante. Todo esto se hace en memoria del sello que pusieron en el sepulcro del Señor. Es llegado el momento de exhibir el tesoro del templo, tan pródigo que se diría que las minas del Potosí han abierto sus entrañas para labrar tanta plata. En el frente del altar se coloca un frontal y sobre la mesa se esparcen candelabros, palabras sagradas, atriles y en el centro una gran cruz. Mucho me admiró esta riqueza de plata, toda reluciente. Ya fue objeto de alabanza de un viajero francés que pasó por la ciudad en 1603. Se llamaba Bartolomé Joly y era consejero del rey de Francia. En una relación que dejó escrita consignó su asombro por la abundancia de plata y telas sagradas, en particular las dalmáticas para officiar ante el altar (de que las veréis muy suntuosas de terciopelo negro, con tibias y calaveras bordadas). En esta suntuosidad del atuendo sagrado confesaba Joly que aventajaba mucho nuestra nación a Francia, superior a su entender en los edificios.

También ocupó mi atención la costumbre de colocar en

el presbiterio a Cristo Yacente. Vi en la iglesia de San Lorenzo un admirable lienzo del burgalés Mateo Cerezo, con la escena de Cristo en el sepulcro; y en otros sitios que no es el caso detallar, se colocan esculturas de Cristo muerto, las más hechas por aquel insigne estatuario, Gregorio Fernández, natural de la villa de Sarria, en el reino de Galicia, que vivió y murió en esta ciudad de Valladolid.

Nadie queda ajeno a la semana santa. El pueblo asiste a los sermones, regala cera para los sagrarios y se agolpa para presenciar las procesiones, pero tendré que aclarar que en todo ello gana indulgencias. Grandes ceremonias tienen lugar en los monasterios y no menores en las parroquias. Pero en estos días se exceden las cofradías penitenciales, pues es llegado el momento de mostrar todo el esfuerzo del año. Mucha curiosidad mostré en averiguar el funcionamiento de tales cofradías y tuve ocasión de asistir a las reuniones en las salas de cabildos.



**D**IRE que estas cofradías nada tienen que ver con las otras de los gremios, en que se amparan intereses económicos. No es este el caso de las cofradías de penitencia, pues su finalidad es asistir a los demás. Toman por modelo al mismo Cristo, y por eso veréis que las cofradías de Valladolid llevan los nombres de la Pasión del Señor: Angustias, Piedad, Vera Cruz, Jesús Nazareno y Pasión, pues son cinco las cofradías que conté. En los dolores de Cristo y de su Madre han de contemplarse los cofrades para atender a sus semejantes.

Para el ingreso en cofradía se requiere la garantía de un socio. A nadie se estorba el acceso, con tal de ser persona de «buena vida, fama y costumbres», según indican los esta-

tutos. Da lo mismo que seáis hombre llano o hidalgo, menestral o catedrático. Todo lo iguala el hábito, y en él no colegiréis la clase. Y aunque algunos señores se hacen acompañar en la procesión por sus criados, tened por cierto que no advertiréis diferencia, pues llevan todos los rostros bien tapados. Si no podéis abonar la cuota de entrada, no paséis apuro: os la perdonarán. Tampoco paséis zozobra por la túnica, pues hay muchas prevenidas en la cofradía para dársela a quien no le alcance, y alquilanse además cuantas haya menester. Es obligación aceptar los cargos para los que el cofrade sea propuesto, pues algunos y en especial el de alcalde, no es liviana exigencia, pues entre otras obligaciones está la del convite a su costa el día de la fiesta. No puedo menos de ensalzar estas reuniones profanas, pues aunque discreto sea el ágape hace más suave el trato humano. Con todo, los estatutos tienen prevenidas las circunstancias para mudar los cargos.



**D**ERO es ocupación principal de la cofradía servir al prójimo, cuanto más a los pobres. La cofradía de las Angustias sostiene un hospital en la calle que dicen de las Angustias Viejas. Es verdad que esta caridad también beneficia a los cofrades, bien que sean espirituales los favores, pues habréis de saber que median indulgencias por hospedar a los pobres en propia casa, hacer la paz con los enemigos, acompañar a los viáticos y sobre todo sepultar a los indigentes. Demás de esto hay quien se ocupa de atender a los sentenciados a patíbulo, que tal es el ejercicio de la cofradía de la Pasión. Colectan limosnas para ello y toman sobre sí las diligencias del sepelio. El pueblo de Valladolid ve con harta simpatía esta función, pues causa gran tristeza el abandono de los suplicados, sin otro consuelo que la religión. Esta ca-

ridad se hace extensiva a los mismos miembros de la asociación, y así los cofrades saben que no les faltará asistencia llegado su último trance. Porque es de ver el fervor que pone la cofradía al tiempo del fallecimiento de un socio. Ya le han acompañado en la santa unción, cuando se ocupan de velar el cuerpo y bajarle a la sepultura, corriendo toda la cera, cortejo y otros gastos de entierro a cuenta de la cofradía.



TROSI reciben cuantiosas indulgencias. Los cofrades de las Angustias obtienen indulgencia plenaria al tiempo de su entrada, y se acrecienta este don asistencial a los cultos, sobre todo a la procesión del viernes santo, por más que no han de resistirse a hacerlo pues es obligatorio.

Por lo dicho inferiréis que estas cofradías son sociedades piadosas, pero con el fin principal muy humano: ayudar al prójimo. Así cumplimentan el encargo que el Señor en su venida al mundo dejó hecho a sus apóstoles. Pero no creáis que las ocupaciones de los cofrades se limitan a la semana santa, pues antes bien se extienden a todo el calendario. El esplendor culmina el día de la fiesta, en que las distracciones completan el programa religioso. Mucho celebraríais las danzas, toros y fogatas que se hacen tal día, que puede ser el de la invención de la Santa Cruz o el de la degollación de Juan el Bautista, que tal es la festividad de la cofradía de la Pasión. Añadiré que tales festejos igualan cuanto menos los que el Ayuntamiento hace en la Plaza Mayor.

Me refirieron los esfuerzos hechos por las cofradías por gozar de edificio propio, pues empezaron de prestado en fábrica ajena. Pero con el tiempo se emanciparon, no sin pesar de sus primitivos caseros. La cofradía de Jesús Nazareno ha tenido ruidoso pleito con el convento de San Agustín, cuando

salió con sus enseres (y entre ellos los pasos) para su nueva casa. Pero han ido creciendo estas cofradías penitenciales de tal grado, que han dado acogida a otras gremiales. Así no os sorprenderá ver en la iglesia de las Angustias los altares que el entallador Antonio López regaló a su cofradía, quiero decir la de los Entalladores, que reside en dicha iglesia. Pues habréis de saber que los artífices de la ciudad, escultores, pintores, plateros, relojeros, bordadores y otros oficios, son miembros de la cofradía de las Angustias, adonde han dejado alguna muestra de su arte. No diré que acostumbren a regalarlas (que a veces lo han hecho), pero sí se han aplicado a porfía, poniendo la menor codicia en el dinero. Morador de Valladolid fue aquel eminente escultor Juan de Juni; fue cofrade de las Angustias y para ella fabricó esa Virgen que se ha venido en llamar de los Cuchillos por unos que le añadieron luego que el escultor la hiciera. No menos ilustre cofrade fue Gregorio Fernández, del que ya os he hablado y de quien no hay más que ponderar, pues todo el mundo se hace lenguas. Hay de él en la iglesia un paso de la Piedad, que me asombró no ver en la procesión y me aseguran nunca ha salido. No sé si será porque con tantas figuras como tiene se hace penoso llevarlo. Los pintores y escultores acuden a la procesión con sus insignias. Me refirieron que el propio Gregorio Fernández ha llevado el estandarte del gremio.



AS estaréis impacientes de que os hable de las procesiones. Los cofrades vienen obligados a acudir a ellas, y han de hacerlo de varias maneras, como es haciéndose disciplina, alumbrando con hachas o cargando con los pasos. Nunca conoceréis a los penitentes, pues van del todo enlutados y cubiertos, con su túnica y capuchón. Digo enlutados,



porque las más son túnicas negras, aunque blancas no faltan. De la tela no os preocupéis, porque vale cualquier lienzo. Pensaba para mis adentros si sería mascarada aquel cortejo de encapuchados, pues tienen de común con las Carnestolendas el taparse el rostro. Pero la carátula del carnaval es atributo del diablo, ya que encubre los arrebatos de la carne. Me recuerda el capuchón la coraza de los condenados por la Inquisición, menos que el rostro va descubierto. Con todo esa silueta de seres penitenciados, con el gorro puntiagudo, el mucho brillar de las hachas; producía un espeluznante efecto. El que se tapen la faz es para excusar el juego de las vanidades, pues ya dijo el Señor que tu mano derecha no debe saber lo que hace la izquierda. Pude ver el reglamento de la cofradía de la Pasión, que prohíbe que las mangas del vestido, los cuellos y zapatos asomen por ningún sitio y así no se pueda reconocer al penitente. Ya colegiréis que eso se hace para corregir excesos, que los ha habido. Y uno no pequeño es el de los que hacen esta penitencia para atraerse el amor de una dama, la cual ha de reconocer para ello el rostro del atormentado devoto.

De igual suerte el hábito ahorra diferenciar a los cofrades en el empeño, pues unos son hermanos de luz y otros de cruz o de sangre. No es ocupación pequeña la de los primeros mantener viva la luz de las hachas, pues en estos días menudean ventoleras. Por eso algunos cofrades protegen su hacha con una caperuza de vidrio o pergamino. Con todo la luz que dan estas hachas es mucha, pues la cera termina en cuatro pábilos o mechas bien espaciadas. Y alumbran de día y de noche. Algunos piensan que es necedad el encenderlas durante el día, pero ya sabéis que la luz alumbra para el espíritu. Más me placía sin embargo ver las luces de los hachones en la oscuridad, que convertían en tráfugas de la otra vida las negras figuras de los penitentes.

Ya hemos dicho algo acerca de las disciplinas. Vi cómo algunos portaban grandes cruces; después supe que su pena no era tanta, pues las más eran huecas y las descansaban

sobre almohadillas que llevaban bajo la túnica. Con todo hay cofradías que prohíben estas ayudas, y grande o pequeña la cruz es de leño entero.



A peor parte la llevan los flagelantes. Ya referí a vuestra merced cómo iban los disciplinantes espontáneos. Añadiré ahora que la penitencia es la parte principal en la procesión. Pues por tal se ha de entender el grupo denso de los penitentes que se congregan para castigarse. Van con las espaldas al aire; algunos se atan con cuerdas tan prietas, que de puro rozar se les llagan las carnes. Van por todo el recorrido golpeándose unos a otros, pero en algún punto se detienen y arrecian a maltratarse. Ni yo mismo daba crédito a lo que había indicado Pinheiro, de que había visto a algunos disciplinantes «con trozos de sangre coagulada de más de libra». Pude comprobarlo viendo la disciplina de los de la cofradía de las Angustias, que la hacen en el claustro de San Pablo, de donde parte la procesión que llaman de la Soledad, que es la más famosa. Porque no fuera más que una batalla sin tregua, tal llovían los latigazos sobre los impertérritos penitentes. La sangre volaba por los aires, cayendo sobre las blancas paredes del claustro, aunque habían tomado la precaución de tapar los cuadros. Al término del vapuleo, los «mayordomos de cuerpos» de la cofradía (como así se llaman) tenían aparejadas esponjas para lavar con sal y vinagre las heridas, de que se seguía no menor infortunio. Esto sucede la noche del viernes santo. Por curiosidad acudí al día siguiente a ver el claustro y le hallé lleno de regueros de sangre y cuajarones. Pero débenlo tener por cosa usual, pues en las cuentas de la cofradía pude leer que todos los años se destinaba una partida para blanquear las paredes del claustro que habían quedado ensangrentadas con la disciplina.

Debo alabar el orden tan perfecto que observan en la procesión, pero su planta ha sido estudiada con el mayor esmero. Os aconsejo que veáis los libros de la cofradía de las Angustias, donde consta todo prolijamente. Como las procesiones se juntan el jueves y viernes santo, disputan por el horario, pero a la fuerza han de acudir a la noche, a lo que se resisten. Hay cofradías tan crecidas que no permiten la entrada de fieles durante el itinerario, pero en otras basta alquilar un hábito para sumarse al cortejo. Yo mismo estuve junto a una tienda de alquiler de túnicas y sentí la tentación de encapucharme, pero me detuvo el miedo a la disciplina.



UESTRA merced tendrá curiosidad por conocer el itinerario. No hay más resplandor en las calles que las luminarias de los templos o del propio ayuntamiento. Como los cortejos van por las calles próximas al centro, el suelo está comúnmente empedrado, pero hay desconchones y altibajos. Mas también caminaréis sobre tierra. Tiene Valladolid fama por su suciedad, no tanto porque sea poco aseada (pues no falta el celo del Corregimiento y el de las propias cofradías), como por el natural del suelo. Ya dijo Pinheiro que «a no ser por el polvo y el lodo, Valladolid sería la mejor tierra de España». Tuve ocasión de comprobarlo, pues en algunas calles apartadas los penitentes habían de caminar sobre inmensos lodazales. Y de aquí se sigue otra gran contrariedad, pues aparte de la suciedad, es de admirar el esfuerzo de los penitentes por liberar sus pies de suelo tan pegajoso. En efecto, el miércoles cayó un tan recio temporal, que quedó toda la ciudad embarrada. Las cofradías hicieron salir sus cuadrillas para limpiar el itinerario, pero mucho me temí que el mal tiempo malograra las procesiones. Me disipaban el temor: pa-

sos no veréis —me dijeron— pero al menos las cofradías saldrán, pues no las detiene ni la lluvia ni la nieve, que en esto hallan otra manera de mortificarse. Mas por fortuna el cierzo ahuyentó las nubes y aunque pasé bastante frío, quedé muy consolado de asistir a todas las procesiones.



AS vayamos a los pasos, que constituyen lo más llamativo de la semana. Dícenme que no ha mucho eran las figuras de papelón y tela, con que pesaban poco; mas las han sustituido por otras de madera que, aunque huecas, puestas sobre grandes plataformas de madera son harto engorrosas de llevar. Además no es fácil el equilibrio, ya que buena parte de los pasos se hacen con la cruz. Admiróme el paso del Calvario en que un sayón clava el rótulo del Inri encaramado arriba. Estos conjuntos se hacen en recordación de los tormentos de Jesús, y el relato va desde la Sagrada Cena hasta el Entierro. Se tiene predilección por los episodios más dolorosos. Había un grupo del Despojo, que también decían del Redopelo, que causaba gran lástima, pues al tirar el verdugo se llevaba junto con la túnica la piel del Salvador. Como los pasos andan por la calle, vienen a reconstruir el vía crucis del Señor, cosa que entenderás mejor porque el cortejo abunda en disciplinantes portadores de cruces.

Los pasos traen el recuerdo de la realidad, pues como las figuras son del tamaño del natural y están pintadas con vivos colores, el pueblo las toma por verdaderas y dirige los insultos contra ellas, y hasta alcancé a ver que las escupían para mostrar su enojo.

Lo que más me ha maravillado en estos pasos es su trazón tan natural, pues unas figuras se agachan, otras se yerguen, de manera que ninguna se estorba y permite ser con-

templada fácilmente; se presiente que ha habido un director de escena que ha calculado los gestos y los ademanes, pues una vez más insisto en que esto es lo que hacen los actores del teatro. Tengo para mí que esta aplicación al desarrollo de la escena, que busca que apreciemos el grupo en todo su contorno, es su mérito principal, y que no descubrimos en las esculturas de los retablos, qué son como relieves, y las más de las veces no las acaban al no ser vistas por atrás. No me parece sino que sus artífices conocen esos conjuntos de mármol del arte griego, en que se relatan sucesos mitológicos con gran despliegue de esculturas.

Es de ver cómo cambian los pasos en su caminar por la calle mayormente en las vueltas, pues se descubren posiciones nuevas. Véanse a los niños llorar, pues toman a las esculturas por seres de verdad. Por eso hay que juzgar los pasos en la calle. Salvo las figuras principales, las otras son guardadas en los almacenes y con poca consideración, de manera que os parecerían cosa despreciable ver sus gestos tan descompuestos y agrios. Mas cuando en la calle el paso se halle junto a vos, esa misma figura se tornará con los movimientos de los portadores y el resplandor de los hachones, y la tendréis por gran obra. He querido decir que hay gran diferencia entre unas esculturas y otras; las más veces el escultor se ha esmerado con Cristo o la Virgen, pero no es regla común, pues de algunos sayones podrían decirse las mayores alabanzas.



**N**OS claros de disciplinantes se acompañan de penitentes que baten el tambor o hacen sonar la trompeta; únese desta suerte la música acompasada y triste, que su clamor os traspasa el alma, pues nada hay más lastimero. Por doquier os rodea la sangre. La veis en las espaldas de los dis-

ciplinantes y en los Cristos, que son una pura llaga. No es para todos los espíritus el detener la mirada en la espalda del Señor, pues toda ella es un pastel de pellejos y cuajarones. Los pintores parecen haberse complacido en el correr de la sangre, pues saben que los fieles son sensibles a su efecto. Todo ello es trasunto de una realidad atroz, pero no os debéis sorprender, pues yo mismo he visto representados a lo vivo los episodios de la Pasión. Acerté a ver lo que parecía más difícil: cómo desclavaban a Cristo de la cruz y le bajaban valiéndose de una sábana. No le resultaría difícil a Gregorio Fernández hacer de escultura esta misma escena que tienen los cofrades de la Vera Cruz, pues él ha tenido que ser testigo de tal ceremonia.



ON estos pasos cosa propia de España, aunque también dellos gozan en Portugal, como cosa heredada en los días en que los dos reinos permanecieron unidos. No es mi juicio de gran valor, pues no conozco todas las poblaciones que se jacten de tenerlos, pero creo que atendiendo a los pasos grandes, en ningún sitio los hay mayores y más conjugados. Estos de Valladolid han sido muy imitados en la comarca; los que los mandan hacer se niegan a la invención, pues tienen en la mayor estima que se parezcan a los de Gregorio Fernández, que aunque ya va para largo que se alejó deste mundo, todavía está hoy en la boca de las gentes como si viviera.

En cuanto a los personajes de los pasos, no es difícil reconocerlos en la calle. Los sayones podrían creerse tahures de la colación de Santa Clara o del barrio de la Sinagoga, donde todavía viven no escasos judíos conversos.

No todos se huelgan en estas festividades, pues hay espíritus exquisitos para quienes no se hicieron platos tan fuer-

tes. No lo digo tanto por los nativos como por los que han venido de más lejos. Muestran los extranjeros recelo, estupor y en ocasiones, enfado, como si les salpicara la sangre. No reparan en que son fiestas para el pueblo, que no entiende de cortapisas ni ataduras. Esta emisión de sangre, los lamentos de la muchedumbre y el estremecimiento de las imágenes están enderezados al arrepentimiento del espíritu y no para su solaz.

Como cosa humana, no faltan desaciertos y hasta desvíos. Pero es esta nuestra España del Segundo de los Carlos, que ya no abunda en dones del espíritu. Vuestra merced conoce el libro de Francisco de Santos, intitulado «Las Tarascas de Madrid», en que hace una pintura de Madrid plagado de picardías. Las cosas que desta ciudad dice, no podría yo excusarlas de Valladolid.

Y así hallé que es demasiado el celo de las cofradías por sobresalir, de que se siguen pleitos enojosos y fútiles, como es el de anticiparse en sacar las procesiones, aunque todos temen a la noche. Otrosí, si una cofradía labra un paso, otra hace dos y aún mayores, que en el pecado llevan la penitencia, por cuanto han de llevarlos a costas. Así veréis que se repiten los asuntos sin mayor necesidad. Tienen a gala las cofradías el número de los cofrades, mas también en esto hay artificio, pues los penitentes se alquilan. Los de Jesús Nazareno han dado en atraerse a los mancebos de San Juan, a los que luego convidan con lo que llaman «fornos de carne», que no son sino bacanales de lo que más prohibido está, y es grave ofensa tener esto en Cuaresma. También alargan la fiesta con juegos de azar, en que ponen en riesgo la recompensa que les ha dado la cofradía. Causóme gran escándalo ver a los mozos entregados a tales entretenimientos, que para vergüenza mayor sólo toleran estos días. No quisiera alargar más estos defectos, pues podría creerse que de tal guisa se nubla la santidad destes días.

Para concluir la información, inyito a vuestra merced a conocer los edificios donde moran estas cofradías. Son todos

ellos de noble forma y están enriquecidos con retablos y pinturas de mérito, pero ya sabéis que el buen paño en el arca se vende. Hallé en estos edificios algo de común, y se explica por las funciones de la entidad. Son los templos de dimensiones medianas. Mas considerad que no son usuales las grandes ceremonias; los cofrades acostumbran a cumplir el precepto religioso en sus parroquias, y se sirven del templo de la cofradía para adoración de la imagen principal, que tienen en su camarín. Así podéis ver en su trono a la Virgen de las Angustias. Celebran los cofrades frecuentes reuniones, y lo hacen en grandes salones. En éstos se tienen las elecciones de cargos y se toma provisión sobre los muchos asuntos de la cofradía de que ya os he hablado. También abundan en amplios almacenes, pues han de guardarse las esculturas luego de las procesiones, la cera, las hachas, las túnicas, los guiones, los centros y demás preseas de la cofradía. Veréis las paredes decoradas con pinturas de la Pasión y las instrucciones para el culto, así como el reglamento de la cofradía. A buen recaudo se hallan los documentos, en especial las mercedes pontificias.



OMO la cofradía se gobierna por dos alcaldes y varios mayordomos, debe prevenirse una tribuna en el templo, que veréis en la parte alta, como en el coro de los monasterios. Sirve también esta tribuna para llegaros a la fachada principal y asomaros al gran balcón de hierro. Al entrar y salir las procesiones, súbense al balcón las personas principales y también le ocupan los días de fiesta, cuando se celebra alguna mogiganga o fiesta profana. No os sorprenda que la puerta sea grande o doble, como en la Pasión, pues por tales fauces han de salir pasos de muchas figuras.



Como son las cofradías tan influyentes en la vida de la ciudad, sus edificios los veréis en parajes bien comunicados y céntricos. La cofradía de la Piedad está todavía de prestado, pero ensaya la fábrica de un edificio propio.



A cofradía de la Vera Cruz ocupa un lugar distinguido, que en esto se aprecia su rango. Goza de la mejor perspectiva de la ciudad, y estas son las razones. Por el año 1561 ardió el centro de la ciudad, con que se destruyó totalmente la plaza mayor y la calle de la Costanilla, ocupada por tiendas de plateros. Rehízose la calle con traza uniforme y se colocó al extremo una fachada fingida, como fondo. La cofradía adquirió en 1582 este solar al Ayuntamiento, mas éste exigió que el edificio que se proyectara para tapar el extremo de la calle (que ya por entonces comenzaba a llamarse de la Platería) se hiciera con la dignidad que correspondía a dicha calle. He de alabar el celo del Ayuntamiento, aunque esto ya entró en el cálculo de Francisco de Salamanca, que por orden de Felipe II dibujó la traza de la reconstrucción de la ciudad. Sólo siento que vuestra merced no haya contemplado el paso de las procesiones por calle tan sabiamente trazada, y el lucimiento de la fachada de la Vera Cruz, toda encendida de luminarias.

No menos ponderaré el edificio donde se venera la Virgen de las Angustias, que tiene severísima fachada, toda igual en estilo a la de la Vera Cruz, como hechas por los discípulos de Juan de Herrera. No hubiera sido posible este alarde sin la feliz ayuda de un noble vizcaíno, Martín Sánchez de Aranzamendi, que puso en manos de la empresa sesenta mil ducados y donó a la cofradía demás desto ricas vestiduras y mucha plata, que a cambio había de tener la capilla mayor

para su entierro, de lo que nunca usó. A este gentilhombre agradecemos la noble fábrica, que se elevó en otro de los puntos principales de la ciudad, frontero del gran palacio de los Almirantes de Castilla. No me alargaré describiendo las primicias del templo, con su retablo mayor, pero sí quisiera que posarais la rodilla ante la Virgen de los Cuchillos, a la que en esta ciudad se encomiendan tanto como a la Virgen de San Lorenzo. Ya de esto dan testimonio los muchos cuadros ofrecidos por los que han obtenido favores gracias a su intercesión.



**P**ROXIMAS a la plaza mayor se hallan las cofradías de la Pasión y Jesús Nazareno, que no disfrutan de tan buenas vistas, ya que se erigen en calles estrechas. Es de admirar la fachada de la Pasión, que está cubierta de adornos, de que ahora empiezan a enriquecerse los edificios, pues parece que nos hemos cansado de aquella austeridad nacida del Escorial y estamos para perifollos. Atrajo mi atención su gran salón de cabildos, por donde se sale al balcón de hierro de la fachada. La cofradía de Jesús Nazareno acaba de estrenar edificio; en su camarín podréis ver la figura de Cristo cargando con la cruz, que mueve a compasión.

La plática se acaba. Quedo con la satisfacción de haberos dicho mis sinceras impresiones, pero bien creo que alguna vez debierais por vista propia comprobar estos asertos; y aún os apremio, pues vislumbro cierta fatiga y tal vez las costumbres se tornen.

De Valladolid, tres de abril de 1687.

Vuestro humilde servidor,

[firma ilegible]

Amables oyentes:



ERDONAD mi atrevimiento. El documento que os he leído no es falsedad, sino amaño, juego de mi imaginación, bien que urdido con datos fidedignos. He querido de esta suerte alejarme en el tiempo para cobrar perspectiva y así poderme asomar con elementos de juicio a nuestra semana santa.

Sería faltar a la verdad no reconocer las mudanzas. Los días de esplendor de la semana santa pasaron, pero pasaron hace ya mucho tiempo. Debo recordar que ya los recortes empiezan en el siglo XVIII, suprimiéndose procesiones, cosa que se acentúa en el siglo XIX y no digamos en el XX. Ha sido preciso el impulso del gran arzobispo Gandásegui para renovar la tradición; desde entonces han ido en crecimiento los esfuerzos por mejorar la semana santa.

Pero hoy densas nubes negras cubren el horizonte. Se alzan voces que pregonan que estas fiestas son ya de otro tiempo. Pero los que así piensan son los mismos que rehúyen el cumplimiento de los preceptos sagrados. No está en crisis la semana santa, sino todo el espíritu religioso, y más aún, la espiritualidad. Se desea caminar hacia una religiosidad alejada del rito, de la liturgia, de las ceremonias y de las costumbres. Pero los resultados están a la vista: en el fondo se quiere acabar con todo. Porque si es cierto que el hábito no

hace al monje, por lo menos le favorece. Si las procesiones, el sermón, la vela al Santísimo, el ayuno y la abstinencia no lo son todo para el católico, la verdad es que mediante ello está en mejores condiciones para alcanzar la perfección. Y lo que Cristo nos ha pedido es que seamos perfectos, como nuestro Padre Celestial es perfecto. Quienes censuran la semana santa tampoco ofrecen los sustitutivos espirituales que correspondan. Se habla de un folklorismo de las procesiones, se dice que no son sino un espectáculo. Pero yo respondería que un espectáculo edificante, hermoso y digno, y quisiera saber cuántos otros espectáculos reúnen tales condiciones, inmersos como nos hallamos en una atmósfera de violencia, frivolidad y erotismo. Y por supuesto, nunca excluyo la posibilidad de que una mirada lastimera de este Cristo o aquella Dolorosa sea capaz de mover el corazón de un pecador y ponerle en la senda de la virtud. Porque si se desconfía de esto, pónese en entredicho la grandeza de nuestros mejores imagineros.

Ante esto no hay sino un camino: perseverar, dar aliento a las festividades. Que si Dios realmente desea que cambiemos el aparato, con su sabiduría y prudencia, ya nos dirá exactamente cómo y cuándo.

**HE DICHO.**

